



Vol 4, Nº 10 (julio/julho 2011)

LAS EDADES DEL TURISMO

Francisco Muñoz de Escalona
Científico titular del CSIC (jub.)
mescalafuen@telefonica.net

A modo de pórtico

No me cabe la menor duda de que Ortega y Gasset habría incluido hoy, si viviera, al turismo entre los temas de nuestro tiempo. Si hubiera vivido unos años más lo habría hecho. Pero como a él no le dio tiempo lo haré yo en su lugar aunque, claro está, con menos maestría que el maestro. Porque hay que reconocer que el turismo cuenta a su favor para ser uno de los temas de nuestro tiempo con numerosas ventajas. Una de ellas, y no la de menos peso, la eufonía del neologismo. Esa eufonía, añadida a su descomunal capacidad para funcionar como prefijo y como sufijo, convierte al término en una palabra grata, usadera y familiar al mismo tiempo que filosófica si se me permite la exageración. Para lo bueno y para lo malo, para lo negativo (el turismo cuenta sin duda con una nutrida troupe de denigradores porque denigrarlo confiere el marchamo de ser un intelectual engagé y de calité) y para lo positivo (porque en la otra acera se encuentra la no menos nutrida troupe de los jurisperitos, empeñados contra viento y marea, en la nutritiva tarea de convertir al turismo en una de las cosas más excelsas, maravillosas, sustanciosas y gananciosas que un país, una sociedad, una familia y un científico puede hacer en este mundo. En la serie de columnas que semanalmente vengo escribiendo para www.boletin-turistico.com bajo el título “Removiendo las aguas del turismo” expongo con algún desenfado no exento de una pizca de malicia la evolución que viene experimentando la literatura dizque científica, empeñada en el

enaltecimiento tanto de los negocios que viven del turismo, a los que se ha elevado sin fundamento a la condición de ser la primera industria de la economía mundial, como de lo que algunos llaman construcción de su conocimiento académico como si la materia fuera de una excepcional trascendencia.

Porque no es lo mismo ver el mundo desde la comunidad de jurisperitos que verlo desde fuera de esa específica comunidad en la que viven en perfecta armonía de intereses los políticos y los catedráticos, los investigadores y los empresarios, los periodistas y los hoteleros, los chef y los eruditos. Pues no creo que haya otro mundo en el que sus habitantes exhiban una mayor coincidencia de fines y medios que en el mundo del turismo, en el que viven en perfecta armonía editores, profesores, investigadores, escritores, sindicalistas, directores generales, políticos, hoteleros, ecologistas, especialistas en marketing y otros propagandistas.

En definitiva: quienes pertenecen a la causa del turismo y en ella tienen su residencia permanente, sostienen con imperturbable convicción que el turismo es una de las cosas más excelsas que existen en el mundo, mientras que para los que no solo no pertenecen a ella sino que incluso ignoran que existe con una pizca de la envidia que los primeros le otorgan, el turismo es tan vulgar, prosaico, cutre y plebeyo que hay que evitar cualquier riesgo de contaminación con él. No creo que al lector informado le parezca una exageración doble lo que acabo de decir porque la literatura de ambos bandos es contundente al respecto. Pero de quienes nadie habla es de los que no militamos en ninguno de esos bandos por varias razones. Ante todo porque las exageraciones están reñidas con la verdad y con la decencia. Y en segundo lugar porque las cosas han de ser vistas con todo el distanciamiento posible, en la línea de lo que aconsejaba Bertold Brecht para el teatro. La visión desde una cercanía excesiva la realidad tanto como la visión desde la lejanía ninguneante. La primera es excesivamente tolerante y la segunda se pasa de condenante. Ni la una ni la otra visión debe aconsejarse a quienes aspiran al conocimiento imparcial de la realidad porque admiten que ni una excesiva simpatía por ella ni el odio extremo y ciego ayudan al investigador científico a conocerla correctamente, es decir, al servicio de la verdad y, por ende, de la humanidad.

¿Las edades del turismo?

En efecto: las edades del turismo. Porque el turismo como fenómeno (atendiendo a los efectos externos sobre las demás parcelas de la realidad) y el turismo como nómeno (la cosa en sí en la medida en que esta olvidada visión sea practicable) tienen edades, es decir, etapas, fases o estadios porque es obvio que tiene historia, es decir, tiene un principio constable y podría tener un final previsible. El problema es que aun no se conseguido plantear la investigación de manera que permita fijar su principio y su evolución en el tiempo.

Veamos, pues.

Mientras para unos expertos el turismo es un fenómeno social que se encuentra en su infancia porque para ellos nació a mediados del siglo XX, para otros el turismo tiene nada menos que dos millones y medio de años, tantos como la especie humana. ¿A qué se puede deber una divergencia tan descomunal en la fijación del nacimiento del turismo? La respuesta es inmediata. A que manejan una concepción radicalmente diferente de lo que llaman turismo. Mientras que los primeros sostienen que el turismo nace con las sociedades de masas, propias del gran avance en materia de vencimiento de la distancia que ha reportado la creciente tasa de motorización y la explotación civil de la aviación supersónica, junto con las crecientes inversiones en establecimientos dedicados a la prestación lucrativa de servicios de hospitalidad por toda la superficie del globo, los segundos se basan en que el turismo nace con la aparición de una especie como la humana que, por estar dotado de extremidades locomotoras, se puede desplazar y de hecho se desplaza por el territorio en el ejercicio de sus actividades lúdicas.

En medio de ambos extremos se encuentran los que sostienen que el turismo nace con el uso en la Inglaterra del siglo XVIII del verbo inglés *tour*, viajar, que dio lugar al adjetivo sustantivado *tourist*, relativo al viaje estatutario o persona que viaja por imposición de su clase, una práctica que, por haber sido exclusiva de la nobleza, pues que en los demás no se daba, se atribuyó como característica de la que desde Veblen llamamos clase ociosa, aquella en cuyos estatutos consuetudinarios figuraban los viajes como una actividad entre otras muchas establecidas desde tiempos inmemoriales.

Actividades de ocio es, para este grupo de expertos, lo mismo que actividades lúdicas. De aquí que cayeran en el error de considerar que turismo es, por antonomasia, viajar por diversión o recreo, en sus primeras definiciones, o por vacaciones, en las postreras. Ni los que sostienen que el turismo está en su infancia, ni los que creen que está en su vejez ni los que se apuntan a la consideración de que está aun en los comienzos de su juventud se percatan de que, como su mismo nombre indica, hacer un *tour* es realizar un viaje, sí, pero no un viaje cualquiera sino un viaje en dos fases, es decir, un viaje circular, redondo o de ida y vuelta.

Leo en “El infinito viajar” que el autor, Claudio Magris,, muy certeramente, distingue dos formas básicas de viaje en nuestra cultura:

“1. la concepción clásica del viaje circular, que implica el retorno a la patria o al hogar, como en el caso de Ulises, desde Homero a Joyce,
2. y la moderna, de raíz nietzscheana, en la que el desplazamiento es rectilíneo y cuya meta final no es otra que la muerte.”

Aunque tampoco es cosa de ponerse en clave tan seria como hace Magris porque el viaje tipo 2, el que se inicia en el nacimiento, o en el útero materno, y acaba en la sepultura, no es otra cosa que una metáfora y bien sabe Dios que no de las más felices u originales, una metáfora que, por otra parte, es ya tan vieja que es el momento de dejar de usarla, no sin antes recordar que el viaje

en un solo sentido, en el de ida o rectilíneo, es la primera forma de viaje que practicaron los hombres y practicaron durante los largos y oscuros años del nomadismo.

Porque, en efecto, los viajes en ambos sentidos, los que se hacen saliendo del hogar para regresar más tarde, solo los pudieron hacer los hombres y las mujeres a partir de que la cultura nómada fuera sustituida por la sedentaria. Dicen los que saben de estas cosas que tal cambio se inició a partir de hace unos doce mil años, cuando las sociedades humanas empezaron a abandonar la caza, la pesca y la recolección de frutos y raíces como fuente de alimentación y las sustituyeron por la agricultura y la ganadería, un cambio ciertamente revolucionario que comportó el asentamiento de los grupos humanos y el nacimiento del urbanismo, una cultura a cuya generalización y madurez estamos asistiendo desde entonces.

A lo largo de casi siglo y medio hemos asistido a una pléyade de intentos de definir el turismo sobre la base de destacar las notas que diferencian a los turistas de los viajeros. Más acertados habrían estado los turisperitos si se hubieran fijado en el significado del verbo inglés to tour, término tomado del francés tour, como este lo tomó del latín: dar una vuelta, un significado que aun late en el español de los pueblos de América, el de dar un paseo, significado en el que está de forma indeleblemente presente la actividad propia de las clases ociosas, sometidas a un rígido estatuto. Como es sabido, junto a la realización de viajes el estatuto aludido contemplaba otras como hacer la guerra, celebrar torneos, practicar la caza, hacer deportes y dedicarse a las tareas de gobierno de la res pública.

Hace años que vengo insistiendo en que el turismo es susceptible de ser visto no solo como fenómeno sino, también, como nómeno, es decir, en sí mismo, objetivamente, al margen del sujeto que viaja, de sus motivaciones, de la distancia recorrida y del tiempo empleado. Si lo hubiéramos visto así desde un principio, hace tiempo que los estudiosos se habrían dado cuenta de que:

- a) todo el que sale de su hogar con el propósito de regresar lo hace porque siente una necesidad que no puede satisfacer en su entorno vital inmediato
- b) para hacer ese desplazamiento siente una nueva necesidad, la de contar con un plan tan detallado como le es posible en el que fije el itinerario, el medio de transporte y los servicios de hospitalidad.
- c) el plan de desplazamiento circular es en sí mismo un producto específico y diferenciable cuya elaboración requiere asignar recursos escasos, tener información y disfrutar de un cierto nivel de habilidad o profesionalidad.

Al mismo tiempo, de haberse practicado esta singular visión, los expertos se habrían dado cuenta también de que el sujeto que se desplaza de un lugar a otro para regresar al primero no consume, como se viene sosteniendo por los expertos, determinados bienes y servicios en la ruta y en el lugar al que se desplaza, sino que lo que realmente consume es el mencionado plan circular de desplazamiento, es decir, un producto específico y netamente diferenciado de los demás en general y, en particular, de los bienes y servicios con los que se elabora o produce, los inputs o factores de producción, de forma similar a lo

que acontece con el cliente de un restaurante, el cual no consume determinados alimentos (carne, pescado, frutas o legumbres) sino un menú elaborado por el restaurante con los productos citados y a cambio de un precio *for-fait*.

El turista consume un plan de desplazamiento circular como el comensal consume un menú. En consecuencia, lo mismo que el chef elabora un menú la empresa de turismo tendría que ofrecer al turista un plan de desplazamiento circular.

Para comprender en su integridad las razones que me llevaron a darme cuenta de esta personal visión del turismo, lo que he llamado mi *autopsia* del turismo, convendría conocer el camino que seguí hasta llegar a ello. Es lo que me propongo exponer a continuación. Creo que aunque puede resultar largo y prolijo es aconsejable hacerlo.

Uno de los últimos estudios que realicé como consultor durante mi periodo de excedencia voluntaria en el CSIC fue el de la agricultura de primor, forzada o bajo plástico de la Costa del Sol de España. Fue un trabajo que me apasionó hasta el punto de que, cuando regresé a mi trabajo como investigador, seguí desarrollando, lo que me permitió hacer avanzar en el conocimiento de este peculiar sector de la agricultura, tan peculiar que más que una actividad primaria es una actividad claramente transformadora, es decir, industrial.

Antes de abandonar la consultoría dirigí un estudio sobre la economía de los servicios en Castilla-León, de cuya realización se encargó un equipo de profesores de la Universidad de Valladolid previamente contratado por la consultora adjudicataria en la que yo trabajaba. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que las empresas de servicios venían siendo estudiadas convencionalmente desde fuera, no desde dentro. Me explico: los economistas llamamos servicios a todas aquellas empresas que no son agrícolas, ganaderas, mineras, forestales, constructoras o industriales. Las que acabo de citar forman, las primeras, el sector primario, las dos últimas el sector secundario y todas las que no están incluidas ni en el sector primario ni en el secundario son incluidas en el sector terciario, el de los servicios. Pues bien, sorprendentemente, las empresas de servicios se estudian como si no fueran empresas productoras. Tal vez haya llevado a ello el viejo prejuicio que aun seguimos arrastrando desde tiempos de los economistas clásicos, aun a pesar de que parecía haber sido superado hace más de un siglo.

La forma tradicional de estudiar el sector de los servicios consiste en hacer un inventario meramente enumerativo, una especie de censo clasificado, para terminar diciendo si hay muchos o pocos establecimientos en cada subsector en relación con las necesidades de la población del territorio estudiado (educación, sanidad, seguridad, comercios, mercados, peluquerías, hoteles, restaurantes, bares, fábricas de energía eléctrica, operadoras de servicios telefónicos, empresas de transporte de mercancías o de viajeros según modos (marítimo, fluvial, carretero, ferroviario, aéreo), añadiendo con gran énfasis, como si ello fuera relevante desde el punto de vista económico, si los establecimientos que los prestan son de titularidad pública o privada.

Nunca se presta atención, al estudiar el sector servicios, a los costes, a las innovaciones tecnológicas, a la función de producción, a la competencia, al mercado, al valor añadido, es decir, a todos aquellos ítems que se contemplan cuando se estudia una granja agrícola o ganadera, una fábrica de ladrillos o la industria del automóvil. Pero no sólo se olvida todo lo expuesto, es que también se olvidan tanto la demanda como los precios para destacar por último y con mucha atención la legislación que regula estas actividades de servicios como si la dimensión legal fuera un aspecto de relieve desde el punto de vista de la economía. Darme cuenta del olvido en el estudio económico de la dimensión productora de las heterogéneas empresas que incluimos en el sector de los servicios fue para mí como una verdadera revelación. Insistí en a los componentes del equipo de catedráticos y profesores universitarios de la Facultad de Economía de Valladolid de que debía tener en cuenta la dimensión productiva de las empresas pero no conseguí que se percataran de él como me había percatado yo y por esta razón el estudio que entregaron fue un estudio tan romo como cualquier otro, es decir, más sociológico que económico.

Hacia la visión del turismo como nómeno

A primeros de año de 1983 ya estaba incorporado de nuevo en el Departamento de Economía Agraria del que había salido diez años antes. Seguía ocupando el mismo edificio. La ventana de mi despacho daba a la ruidosa calle de Serrano. En el espacio que había entre la calle citada y el campus del CSIC estaba el busto en bronce de José María Albareda, el cura edafólogo del Opus Dei que había sido el fac totum de este organismo durante gran parte de la dictadura de Franco. Pronto fuimos obligados a mudarnos a un edificio dentro del recinto del contiguo Instituto Ramiro de Maeztu que compartimos con sus bullangueros estudiantes. Ellos mismos decían que eran La Demencia, un mote que refleja muy bien su juvenil barbarie. No tardando mucho, sufrimos una tercera mudanza, esta vez a uno de los edificios que fueron parte de la que fuera famosa Residencia de Estudiantes durante la República, en la calle del Pinar, 25, a los pies de la juanrramoniana Colina de los Chopos. Allí me jubilé convertido ya el originario Departamento en el Instituto de Economía y Geografía, porque la presidencia del CSIC juntó churras (geógrafos) con merinas (economistas), o a la inversa, justo lo que a nadie se le hubiera ocurrido hacer. Hoy ya no se llama así, ni está en el mismo edificio sino en otro próximo a la prolongación de la calle de Alcalá.

Lo cierto y verdad es que no tengo nostalgia ni recuerdos de la última etapa de mi presencia en las citadas ubicaciones. Ni del edificio, ni del entorno, ni de mis compañeros, ni de sus actividades.

Como ya he dicho, lo primero que hice al volver al CSIC fue seguir profundizando en el estudio de la agricultura bajo plástico de la costa del sol. Acariciaba dos gratas ideas: resolver los problemas de explotación y comercialización de las pequeñas explotaciones familiares y fundar un instituto dedicado a su estudio permanente. Como miel sobre hojuelas, esperaba que, si lo conseguía, cuando me llegara la edad de jubilación estaría viviendo en la Costa del Sol como tantos jubilados de tantos países europeos. Es obvio que no lo conseguí. A ello se opuso un cura, Quintín Aldea, especialista en historia

de la Iglesia, que formaba parte de la Comisión Científica. Se opuso a mi ambicioso proyecto de investigación porque pensaba que, como yo había sido consultor privado durante diez años, mi verdadera motivación sería la de hacer consultoría en vez de investigación. Hay sabios que fuera de su ámbito son verdaderos bárbaros como ya nos dijo Ortega y Gasset.

Fracasado el proyecto de investigación tal y como yo lo había concebido, me dediqué al estudio de la antropología cultural al tiempo que prestaba mi colaboración en los estudios sobre desarrollo rural que dirigía mi compañero, el profesor Germán Valcárcel, doctor ingeniero agrónomo apasionado por el tema. Aspiraba con mis estudios de antropología cultural a pronunciarme algún día sobre la etiología de la crisis de la teoría económica que en aquellos años, la década de los ochenta de la pasada centuria, tanto preocupaba a los economistas de todo el mundo.

Confieso que me resultó apasionante incursionar en los textos clásicos de la antropología. Marvin Harris fue mi guía, quiero decir que me enfrasqué plenamente en sus libros aunque no compartiera su profundo antimarxismo, sobre todo en alguien que como él afirmaba que su método de investigación era el materialismo cultural, un extraño híbrido del sociologismo americano con el materialismo marxista que nunca me entusiasmó plenamente. Así lo expuse en un trabajo que mandé a la revista *Arbor*, que entonces dirigía el catedrático de Lógica de la Universidad de Salamanca, Miguel Ángel Quintanilla Fisac. A Quintanilla no debió gustarle la feroz crítica que en ese trabajo hice del pensamiento de Marvin Harris y, como buen socialista, prefirió no meterse en camisa de once varas porque, en "su" revista, se criticara a un americano de tanto prestigio como ya entonces era Harris. Pero lo cierto es que sus libros me sirvieron para adentrarme en la apasionante antropología. Fue así como conocí a Franz Boas, Margaret Mead, Edgard B. Tylor, Levi-Strauss, Malinowski, Marcel Mauss y tantos otros, brillantes continuadores de la meritoria y adelantada labor que llevó a cabo Fray Bernardino de Sahún en México, un español que merece ser tenido por padre de la moderna antropología cultural. Sin olvidar, claro, a los antropólogos marxistas con Maurice Godelier a la cabeza. Antes he citado a Tylor, un antropólogo británico del que conseguí adquirir un ejemplar de su *Antropología* traducido al castellano por Antonio Machado Álvarez, el padre del poeta sevillano, publicado en Madrid en 1887 por la imprenta de El progreso editorial, calle de San Marcos, nº 37. Una edición de lujo con tapas de tela repujada y cantos dorados: una verdadera belleza bibliográfica que tengo en alta estima.

Recuerdo que por aquellas fechas, marcadas por el sonoro triunfo del PSOE en las elecciones de octubre de 1982, los socialistas andaban tratando de improvisar medios de comunicación al servicio del partido y un viejo compañero de la Facultad, Miguel Muñoz de las Cuevas, puso en marcha una revista a la que llamó "*Mayo*", nombre con el que trataba de aludir a la efímera revolución cultural de los estudiantes de París en mayo de 1968, esa revolución que a mí se me pasó, ocupado como estaba ya en el ejercicio de mi trabajo como investigador, en la formación de una familia y en cómo cubrir sus necesidades con un sueldo tan menguado como el que teníamos los investigadores del CSIC en aquel entonces, los cuales por no tener no teníamos ni derecho a las

prestaciones del llamado Seguro Obligatorio de Enfermedad. Se pensaba que los investigadores éramos ricos por ser titulados universitarios y por ello no estábamos catalogados como asalariados.

Más adelante me referiré al breve artículo de José Manuel Naredo sobre lo que él y sus iguales han llamado pensamiento fiscalista en economía, una tendencia de pensamiento que, a su juicio, fue ahogada en su prometedor desarrollo por la hegemonía que consiguió años después el pensamiento económico que ellos llaman convencional, basado en el valor monetario de los bienes y servicios, el que se inició con las aportaciones de Adam Smith y está en la base de la economía política moderna. Según Naredo, y otros economistas de la misma cuerda, entre los que citaré al catalán Juan Martínez Alier, [autoexiliado en Francia durante bastantes años, donde publicó algunos libros en Ruedo Ibérico, la editara de obras antifranquistas prohibidas en España] conviene volver a la economía de base física y abandonar tanto la economía digamos burguesa como la economía marxista, hija como sabemos de la primera, y desarrollar una metodología que contemple la escasez de energía como parte ineludible del análisis económico.

El fiscalismo en economía nació, como es sabido, con la fisiocracia. Conviene por ello hacer alguna referencia a esta escuela de pensamiento antes de pasar a exponer cómo me topé con uno de los libros que más han influido en mi visión del mundo en general y en mi visión del turismo en particular. Para ello acudo a Wikipedia introduciendo en su exposición mis propias ideas sobre esta escuela.

La fisiocracia y Georges Bataille

La fisiocracia o fisiocratismo fue una escuela de pensamiento económico del siglo XVIII fundada por François Quesnay, el médico de cabecera de Madame de Pompadur, Anne Robert Jacques Turgot y Pierre Samuel du Pont de Nemours en Francia. Afirmaban estos autores que existe una ley natural por la cual el buen funcionamiento del sistema económico estaba asegurado sin necesidad de la intervención del gobierno. Su doctrina queda resumida en la expresión *laissez faire*, dejar hacer. El origen del término fisiocracia proviene del griego y quiere decir "gobierno de la naturaleza" ya que los fisiócratas estaban convencidos de que las leyes humanas debían estar en armonía con las naturales. De aquí a la idea de que sólo en las actividades agrícolas, tan naturales ellas, se consigue que el producto obtenido sea mayor (en cantidad o volumen) que los insumos utilizados en su producción. Dicho de otro modo: la producción agrícola genera un excedente. Los fisiócratas, en coherencia con esta convicción, calificaron de estériles, esto es, no productivas, las demás actividades, es decir, las manufacturas y el comercio. Se trataba de actividades que no generan excedente y por ello lo que producen no excede a los insumos utilizados.

La fisiocracia fue en realidad una reacción intelectual a las ideas intervencionista propias del pensamiento mercantilista, un pensamiento que había imperado en los países europeos enraizado en la escolástica. Contra los mercantilistas, los fisiócratas sostenían que la intervención de intermediarios en las diferentes etapas del proceso de producción y distribución de bienes tiende

reduce la prosperidad porque merma la producción económica. Ejemplos de estas intervenciones había muchos, pero los fisiócratas se fijaron básicamente en las intervenciones de los gobiernos en la actividad productiva, sobre todo en la creación de monopolios, la implantación de la obligación de pagar impuestos que consideraban excesivos, la existencia de una clase burguesa ociosa y los restos del feudalismo. Todo ello estaba asociado con el corporativismo comercial y con un énfasis desmesurado en el crecimiento industrial, cosas ambas que actuaban restringiendo los intereses privados. Y para ahondar más las diferencias, los fisiócratas propugnaban el establecimiento de un impuesto único sobre la tierra y anular todos los establecidos por los mercantilistas.

La tendencia general de los fisiócratas es el libre cambio. La tarea del economista se reduce a descubrir el juego de las leyes naturales. La intervención del estado es inútil, pues no haría otra cosa que interferir ese orden esencial. El interés de los fisiócratas se concentraba en gran medida en la definición de una estrategia macroeconómica de desarrollo que incluyera políticas coherentes. La fisiocracia se considera como la primera escuela de la moderna teoría económica. Se creía que si esta ley era estudiada y enmendada, derivaría en condiciones armoniosas y beneficiosas para toda la humanidad. Fisiocracia se aplica al concepto total de un gobierno, no necesariamente a la actividad económica solamente. Porque los padres de esta teoría política veían el progreso económico como inseparable del progreso social, argumentando que gracias a la incrementada prosperidad natural las rivalidades entre grupos oponentes disminuyen o incluso desaparecen.

Según Whittaker:

“los fisiócratas eran indudablemente optimistas. Tenían confianza absoluta en la continuidad del progreso. Es a través del estudio sobre la cuestión de la población donde se demostraba más destacadamente. Estimaban que la población aumentaba hasta el límite de subsistencia, y Dupont de Nemours, uno de los más destacados miembros de la escuela, presentó el ejemplo aritmético mencionado después por Malthus, esto es, el de las colonias inglesas que duplicaban su población cada veinticinco años debido a la abundancia de medios de subsistencia agrícolas que disponían sus habitantes.”

De aquí el convencimiento de los fisiócratas en que la producción agrícola es la base del progreso, no el comercio, como se venía sosteniendo desde la antigüedad.

Es decir, la tierra y el trabajo era para ellos la verdadera fuente de la producción de riqueza. Los autores del siglo XVII y principios del XVIII estimaban la tierra y el trabajo como los agentes o factores causantes de la producción. Esta opinión fue puesta en boga por el filósofo Thomas Hobbes. Al estudiar, en su Leviatán el aspecto económico de la comunidad o estado, dice:

“En cuanto a la abundancia de materias, está limitada por la naturaleza a aquellos bienes que, manando de los dos senos de nuestra madre común la tierra y el mar, ofrece Dios al género humano, bien gratuitamente, bien a cambio del trabajo.”

Para los fisiócratas, en oposición al mercantilismo, la riqueza de una nación procedía de su capacidad de producción y no de las riquezas acumuladas por el comercio internacional. Y consideraban que la única actividad generadora de riqueza para las naciones era la agricultura. Cantillon comienza su *Essai sur la nature du commerce en général* diciendo:

“La tierra es la fuente o materia donde toda riqueza se produce. El trabajo del hombre es la forma que la produce: y la riqueza en sí no es nada, sino el sustento, comodidades y superfluidades de la vida.”

Turgot, el verdadero padre de la fisiocracia, resume esta noción con esta frase:

“El agricultor es la única persona cuyo trabajo produce algo más que el salario de su trabajo. Es, por lo tanto, la única fuente de toda riqueza.” Y agrega: “La tierra le paga directamente el precio de su trabajo, aparte de cualquier otro hombre o convenio. La naturaleza no le regatea para obligarle a sostenerse con lo que es de todo punto necesario. Lo que le concede no está proporcionado ni a sus necesidades ni a una valuación contractual del precio de su día de trabajo. Es el resultado físico de la fertilidad del suelo, y de la sabiduría, mucho más que de la laboriosidad, de los medios que ha empleado para hacerla fértil. Tan pronto como el trabajo del agricultor produce más de lo requerido por sus necesidades, puede, con este excedente superfluo que la naturaleza le otorga como un puro don, por encima de la retribución de su esfuerzo, comprar el trabajo de otros miembros de la sociedad. Estos, al vendérselo, sólo obtienen su subsistencia; pero el agricultor recoge, además de su subsistencia, una riqueza que es independiente y disponible, que ha comprado y que la vende. Es, por lo tanto, la única fuente de riqueza, que, mediante su circulación, anima a todos los trabajos de la sociedad; porque es el único cuyo trabajo produce mas salario de éste.” (citado por Whittaker)

Los fisiócratas no fueron, pues, los únicos que atribuyeron especial importancia a la agricultura. Las ideas fisiocráticas parecen haber influido en el inventos americano Benjamin Franklin, el cual, viviendo en un país en el que la agricultura era la principal actividad, y en el que las manufacturas y comercio que entonces existían satisfacían más que nada las necesidades de los agricultores, es comprensible que coincidiera con los fisiócratas acerca de la importancia de la actividad agrícola. El siguiente párrafo presenta su posición:

“...parece que no hay más que tres formas en las que una nación puede adquirir riquezas. La primera es mediante la *guerra*, como hicieron los romanos, saqueando a sus vecinos conquistados. Esto es *robo*. La segunda es por el *comercio*, que generalmente es *engañoso*. La tercera es por la *agricultura*, único *medio honesto* por el cual el hombre recibe un verdadero incremento de la simiente arrojada a la tierra, en una especie de milagro continuo, forjado en su favor por la mano de Dios, como recompensa por su vida inocente y laboriosidad virtuosa.”

Los fisiócratas asumieron que dada su observación de los mercados, la manufactura era una actividad estéril o improductiva ya que no se veía un gran avance en este sector. Obviamente, esto se debía al tamaño de la industria de entonces, anterior a la revolución industrial. Esta visión es consecuencia de que para los fisiócratas lo que importa es la cantidad producida, su aspecto físico, no su valor monetario. Por ello defendían los fisiócratas que la agricultura era el único sector productivo capaz de crear riqueza, pero riqueza

física, cantidad de bienes, mientras que el comercio y la industria tan sólo permitían la distribución de esta riqueza; los fisiócratas estaban en contra de las políticas de comercio internacional mercantilistas, favorecedoras del proteccionismo.

Los criterios de la fisiocracia en el siglo XVIII aunque no en la forma 'pura' imaginada por sus creadores teóricos sino a través de una legislación detallada que favoreció intereses privados. Se trata del periodo conocido como La Ilustración.

Reflexiones de la creencia en las leyes naturales se puede fijar en un sin número de áreas, desde las ciencias naturales hasta las teorías del orden constitucional. En la Francia prerrevolucionaria, Anne Robert Jacques Turgot sirvió como miembro de la corte de Luís XIV, en la administración local de París y escribió folletos y libros sobre los temas relacionados con su trabajo: impuestos, comercio del grano, y dinero. Turgot afirmó que la riqueza es hija del interés privado y que los mercados están conectados por los flujos de dinero (lo que paga el comprador es ingreso para el productor). Así fue como se dio cuenta de que las bajadas de precios eran peligrosas económicamente porque desalentaban la producción. Turgot abogó por la disminución de las interferencias del gobierno en el mercado de grano pues cualquier intervención del gobierno provocaba una disminución de la actividad privada. Si el gobierno compra maíz en el exterior, los extranjeros se darán cuenta de que el maíz escasea en el país que compra y en consecuencia aumentará su precio, de modo que los precios se elevarán y aumentará la escasez. Esta idea era un ejemplo temprano de la adaptación al libre cambio.

François Quesnay, por su parte, propuso un sistema conocido como "royale del dîme" en el que sugirió una simplificación importante del código impositivo francés basada en cambiar relativamente a impuestos únicos en característica y comercio. Durante la guerra entre Francia e Inglaterra, el movimiento de la fisiocracia comenzó a crecer. Varios diarios aparecieron mostrando a una audiencia cada vez mayor en Francia las nuevas ideas económicas. Entre ellos el más importante era el *Diaire Economique* (1721-1772), que promovió la agronomía y agricultura racional y el *Diaire du Commerce* (1759-1762), que fue influenciado grandemente por el irlandés Richard Cantillon (1680-1734), otro destacado economista.

Aunque los fisiócratas lograron cambiar muchas leyes que consideraban inadecuadas e introdujeron nuevas de ideas socio-económico-políticas, los intereses de las manufacturas triunfaron al final dado el interés predominante por el crecimiento industrial por encima de la agrícola que mostraron los primeros capitalistas según Wittaker.

Los fisiocráticos son generalmente considerados como los verdaderos fundadores reales de las modernas ciencias sociales. Fueron, de hecho, los primeros en emplear el método científico, en dirigir un movimiento que se ocupó de realizar investigaciones sobre los fenómenos sociales. Se admite que se trató de un movimiento comparable con el desarrollo de la química. Es entonces cuando escritores como Rousseau basan el origen de la sociedad en un acuerdo entre los hombres, es decir, en un contrato social. Rousseau criticó la propiedad privada y la desigualdad entre hombres. Montesquieu habló de las leyes que gobiernan la naturaleza, y de que el hombre está también sometido a

esas leyes. Este pensamiento nació de los descubrimientos fisiocráticos. Ellos sostuvieron que las sociedades humanas están enraizadas en la naturaleza del hombre. La sociedad es el proveedor de la libertad ya que no podemos sobrevivir sin la ayuda de los demás. El deseo de asociación nos unifica; el interés personal nos motiva. Estas dos fuerzas, que son aparentemente antagonistas, generan una acción armoniosa. Pero esta sociedad incluye el principio de que cada derecho involucra una obligación correlativa y recíproca.

Si no se aceptaban estos términos y surgían crímenes o desobediencias la autoridad velaba por que se siguiera la ley. Es importante notar que la autoridad no puede crear leyes, sino sólo administrar su seguimiento. Ellos recomendaban el uso de un príncipe absoluto que siempre tiene que tener su interés volcado en los intereses personales de su ciudadanía. Sólo debía haber un impuesto sobre la tierra que se pagaba a las instituciones gubernamentales. Como una contrapartida a su poder habría un instituto independiente judicial que aseguraba el seguimiento de las leyes naturales de parte del soberano. Y también de administrar un sistema de educación suficientemente grande para dar a cada ciudadano el entendimiento de las leyes sociales y naturales. Es importante notar que no todos los fundadores fisiocráticos estaban de acuerdo en este tema. El más notable entre ellos fue Turgot.

La fisiocracia no fue recibida con los brazos abiertos por muchas razones, no siendo todas intelectuales. Sus oponentes fueron muchos, incluyendo a los mercantilistas que hasta entonces habían dirigido la política económica de la corte de Francia, y a los incipientes liberales liderados por Adam Smith, quien publicaría una respuesta crítica a la fisiocracia. Aunque Smith creía en muchas de las doctrinas expuestas por los fisiócratas, no aceptaba su consideración de las clases mercantiles y artesanales como estériles e improductivas. Reconocía que la agricultura era la más productiva de las ocupaciones, pero sostenía que las otras ocupaciones deberían ser denominadas como *menos productivas, no como improductivas*. Para demostrar la verdad de su afirmación, Smith observó que incluso la clase social más baja

“produce anualmente el valor de su propio consumo anual, y perpetúa, al menos, la existencia del capital que le mantiene y emplea”

Hamilton, por su parte, condena la idea de impuestos y renta sobre la tierra con estas palabras:

“Parece haberse pasado por alto que la tierra es en sí un capital, anticipado o alquilado por el propietario al arrendatario, y que la renta que recibe es sólo el beneficio ordinario de un cierto capital en forma de tierra no explotado por el mismo propietario, sino por otro, al que se presta o alquila, el cual por su parte anticipa más segundo capital para su preparación y mejora en base al cual recibe el beneficio usual... “

Porque los economistas clásicos con Adam Smith a la cabeza no destacaron la cantidad de bienes producidos sino su valor, entendiendo por tal la cantidad de trabajo incorporado a un bien durante todo su proceso de producción. El fisicalismo, la cantidad física resultante como medida de la producción, propio de la fisiocracia, quedó así superado por la medida del valor. De aquí que los clásicos consideraran productivas a las manufacturas, una actividad productiva que tomaba los productos de la tierra (frutos, ganado, madera y minerales) y

los transformaba en otros diferentes, lo cual suponía una nueva y más compleja producción, es decir, aumentaba la obtenida en la fase anterior ya que los productos resultantes tenían más trabajo incorporado que los procedentes de la tierra.

Decir como decían los fisiócratas que la tierra era la única fuente de riqueza se basaba en la evidencia de que un grano de trigo cultivado daba una espiga con muchos granos. El ganado por su parte se multiplicaba a lo largo de su vida por numerosos ejemplares. Los clásicos sin embargo dieron en resaltar el valor como medida de la producción y por ello tenían por productiva todas aquellas actividades en las que se incorporara trabajo siendo la cantidad de trabajo incorporada la medida de la producción. Cuanto mayor fuera la cantidad de trabajo incorporado en un bien mayor será su valor de cambio por otro bien. A mayor valor de cambio de los bienes producidos por una actividad mayor volumen de producción.

Para los clásicos, los bienes se intercambian entre sí en una situación de libre competencia y a largo plazo en proporción a la cantidad de trabajo necesaria. Dicho de otro modo: el valor de un bien depende de la suma de salarios pagados a los trabajadores que intervienen en su proceso de producción.

Hay en lo dicho anteriormente un desplazamiento desde la medida del trabajo como cantidad a la medida del trabajo como salarios, es decir, desde la cantidad en tiempo a su costo en moneda. En este desplazamiento hay mucha ambigüedad en el pensamiento de los clásicos pero en todo caso queda claro que no se trata como decían los fisiócratas de medir la productividad en función de la cantidad sino en función del trabajo incorporado sea en horas o en moneda.

La idea de que el trabajo tenía que estar incorporado a un objeto material impidió a los clásicos considerar las actividades de servicio como productivas. Los marxistas, que hicieron suya la teoría del valor-trabajo cayeron en el mismo error.

Hubo que esperar hasta la penúltima década del siglo XIX para superar la conflictiva teoría del valor-trabajo. La superación tuvo lugar de la mano de tres científicos, un austriaco, Carl Menger (1840 – 1921) un británico, Stanley Jevons (1836 – 1935) y un francés, Marie Esprit León Walras (1834 – 1910), los tres coetáneos y los tres aportadores de la misma solución al impasse al que llevó la economía la compleja y enrevesada teoría del valor – trabajo. Para ellos los bienes no tienen valor sino que el valor se lo dan los hombres que los necesitan. El valor es un concepto subjetivo que los hombres dan a los bienes que necesitan (que les son útiles para satisfacer sus necesidades) siendo obvio que cuanto mayor sea la disponibilidad de un bien menor será el valor unitario que le dan y viceversa, cuanto menor sea la cantidad que tengan mayor será el valor que a cada unidad otorgan.

Desde entonces quedó claro que actividades productivas son aquellas que generan utilidades, es decir, bienes físicos o servicios intangibles por los que estamos dispuestos a entregar a cambio otro bien u otro servicio.

Admito que la exposición ha sido más prolija de lo que hubiera querido pero creo que se justifica para poder entender qué es lo que se proponen aportar los que yo llamo neofisiócratas, uno de los cuales, el ya citado José Manuel Naredo, fue el autor de un breve texto, *Los libros de la crisis. Propuesta de lectura*, publicado en la revista *Mayo*, nº 5, febrero, 1983 (pp. 87 – 90) sobre el pensamiento fiscalista en economía. En el nº 7, abril, se publicó mi artículo *Ciencia económica: crisis, ¿qué crisis?* en respuesta al artículo de Naredo. Ellos, los neofisiócratas, llaman a sus propuestas economía ecológica y también economía de los recursos naturales, recursos naturales entre los que ponen un extremado énfasis en la energía, hasta el punto de tener por productivas sólo a aquellas actividades que aportan más energía que la que consumen. Y ello porque para los neofisiócratas como Naredo los recursos naturales, sobre todo la energía, son escasos y además agotables, razón por la cual la vida del hombre en la Tierra debe atenerse a esta consideración científicamente demostrable ya que de lo contrario las generaciones futuras vivirán peor que las precedentes, entre ellas la nuestra.

El uso humanamente racional de la riqueza

Entre los pensadores que aplican un enfoque fiscalista en sus estudios de la economía, Naredo citaba en su artículo del nº 5 de *Mayo* al francés Georges Bataille (1897 – 1962), concretamente por su obra *La parte maldita*. La primera edición de esta obra se hizo por Les editions de Minuit, París, formando parte de la colección, dirigida por el propio Bataille, *L'usage des richesses*, en 1949. Bataille desarrolló en ella su artículo *La notion de depense* ensayo publicado en 1933 por la revista *La Critique Sociale* *La parte maldita* es la obra que el Plan Marshall de 1947 suscitó a Bataille en el marco de la obra de Marcel Mauss *L'Essay sur le donn*. Para Bataille estaba claro que el Plan Marshall era una aparente donación sin contrapartida que el gobierno de Estados Unidos hizo a sus aliados europeos con el fin de apoyar la reconstrucción del sistema productivo arruinado durante los seis años de la II Guerra Mundial. Bataille pensaba que *La parte maldita* era su obra más importante. La concibió como la primera parte de una obra de ambiciosos vuelos sobre la soberanía perdida por el hombre al abandonar el reino animal, soberanía cuya recuperación constituye la meta del proyecto humano. La segunda parte se titula *El erotismo*. De la tercera parte dejó muy escasos esbozos antes de su muerte en 1962.

Tanto me interesé por esta obra que busqué alguna traducción al castellano y encontré la que la editorial Edhasa publicó en 1974 en la traducción de Johanna Givanel. El problema estaba en que la de Givanel es una versión absolutamente ininteligible. Había, pues, que ir al original y aproveché la oportunidad del viaje a París que hizo mi compañero Venancio Bote para encargarle que me trajera el original en francés. La edición que me trajo Venancio de París era de 1967 y venía precedida de *La notion de depense*, un ensayo que Bataille había publicado, como ya he dicho, en el nº 7 de *La Critique Sociale*, una revista de orientación marxista, en enero de 1933.

El obstáculo ahora era otro, mejor dicho, otros. El estilo literario de Bataille, quien había militado en el movimiento surrealista de Andre Breton, era bastante alambicado y por tanto poco claro para quien tiene solo nociones moderadas de francés. Me topaba con expresiones aparentemente sin sentido, crípticas, chocantes, desorientadoras, contrarias al sentido lógico que yo esperaba de ellas. Después de comprobar que se trataba de un texto indescifrable para mí decidí acometer su traducción porque a aquellas alturas ya tenía claro que aquel pensamiento me interesaba mucho. No fue una tarea fácil pero conseguí coronarla con cierto éxito. En mayo de 1986 ya tenía en mis manos una versión propia de las dos obras, de la de 1933 y de la de 1949. Entusiasmado con el resultado me atreví a escribir un trabajo que titulé *La teoría del excedente de Georges Bataille. Análisis crítico de un posible paradigma económico*. Incluso lo presenté como tardía tesina de licenciatura en la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad Complutense de Madrid. Como tutor de la tesina se prestó a firmar un compañero del Instituto de Economía y Geografía, el Dr. Francisco Albuquerque. La tesina, a la que añadí como anexo la traducción de la obra de Bataille, dio para un volumen de cerca de 306 páginas. La tesina ocupaba casi la mitad, unas 140 páginas. He aquí su índice:

I Introducción

II Contenido

III Metodología

IV Análisis crítico de la teoría del excedente

1. Análisis *emic*

1.1 El pensamiento de Georges Bataille

1.2 Estructura de la teoría (formulación)

2. Análisis *etic*

2.1 La economía de Georges Bataille

2.2 Antropología cultural de Bataille

3. ¿Está justificada la teoría del excedente?

3.1 El concepto de excedente

3.2 Función explicativa

3.3 Función heurística

V La teoría del excedente como posible paradigma

5.1 Enigmas, anomalías y crisis en economía

5.2 La sociedad global y las sociedades aisladas

VI. Resumen y conclusiones

6.1 Mundo, economía y hombre

6.2 Obra abierta

6.3 Método de meditación

Anexo I Reflexiones sobre el fenómeno social de la ciencia

1. La preocupación por el pasado de la ciencia
2. Ciencia y realidad
3. Ciencia y sociedad
4. Ciencia y comunidad científica
5. Ciencia y compromiso social

Anexo II Antropología económica del gasto

- 1 El potlatch. ¿Producción o gasto?
- 2 El plan Marshall como potlatch

Anexo III Bibliografía consultada

Anexo IV Notas biográficas y bibliográficas sobre Georges Bataille

- 1 El hombre de lo "imposible"
- 2 Una relación bibliográfica de urgencia de G. Bataille

Anexo V La Noción de Gasto y La Parte Maldita (traducción del francés)

Copio a continuación el texto de la página 1 y s. de la mencionada tesina:

Con motivo de la crisis de 1973 – 85, algunos economistas son de la opinión de que no sólo entró en crisis la actividad económica sino que también la economía. No pretendemos hacer aquí un repaso del pensamiento crítico en la economía de los últimos años. Sólo aspiramos a incidir, con pretensiones críticas, en la opinión de quienes sostienen que la economía está en crisis, entre otras razones por haber abandonado, a partir de 1776 los fundamentos físicos que hasta entonces la sostenían.

Sostenemos que el presunto fisicalismo de la economía fue estrictamente formal y denotaba el reconocimiento de la superioridad de la física. Pero la

economía ha sido siempre una derivación de la moral con aspiraciones de objetividad científica, a la manera de las ciencias naturales. Es muy probable que la economía tarde aun en abandonar la gran tradición iusnaturalista que subsiste en sus postulados originales.

Los economistas que sostienen lo contrario se han impuesto la tarea de rastrear los retazos perdidos del pensamiento físico-económico, abandonado por la comunidad de economistas a partir de *La riqueza de las naciones* de Adam Smith. Según José Manuel Naredo, principal sostenedor entre nosotros de esta tesis, el tratamiento de este tema corrió paralelo a la creación, en el siglo XIX, de esa economía de la física que es la termodinámica y la ecología, encontrándose textos que recaen inequívocamente sobre temas económicos de físicos, químicos o biólogos como S. Carnot, R. Clausius, G. Helm, S. Poliansky, P. Geddes, W. Ostwald, F. Soddy, etc., adoptando comúnmente un sentido crítico respecto a los enfoques propios de la economía política. Los economistas más nombrados hoy permanecieron generalmente al margen de estas elaboraciones, con la excepción de Cournot, que supo apreciar su interés para trascender los enfoques convencionales que se circunscribían al campo de lo que él denominó 'crematología' y, en cierta medida Jevons, cuya honda preocupación por la escasez objetiva de recursos le llevó a escribir sobre las dificultades físicas a las que se enfrentaba el crecimiento."

Naredo continúa diciendo que tales planteamientos han llegado hasta nuestros días, sobre todo, a partir de lo que llama la 'crisis energética', con motivo de la cual, dice que,

"se ha producido una avalancha de literatura sobre los aspectos energético-ecológicos relacionados con la actuación de los hombres en la sociedad industrial. Obras como las de Odum (1971), Compton (1971), Rifkin (1980), Slesser (1978), etc., que opinaban sobre la economicidad de la gestión de recursos naturales desde fuera de la ciencia económica, no han podido ya ser ignoradas por los economistas, que finalmente se han visto obligados a tomar carta en el asunto, tratando ahora de reintroducir dentro de su ciencia los problemas físicos y biológicos que originalmente se habían desterrado, lo cual ha influido en la crisis actual de esta disciplina."

Entre la nutrida bibliografía que Naredo aporta en defensa de su tesis se encuentran las dos citadas de Georges Bataille. Con este motivo dice:

"un claro exponente de la convergencia e interrelación que se fue operando entre las corrientes críticas apuntadas lo constituyen los trabajos de Bataille (...) que centran las elaboraciones críticas de la economía convencional procedentes del campo de la antropología, con un capítulo sobre 'la dependencia de la economía del recorrido de la energía en el globo terrestre' esta obra (...) resultó tan ignorada por los economistas como lo fueron, hasta hace poco, las corrientes de pensamiento a las que nos estamos refiriendo."

Con Naredo y otros economistas que así piensan sólo coincidimos en la nula atención dedicada a la *obra económica* de Georges Bataille. Mantenemos que el pensamiento económico de físicos, químicos y biólogos enriquecen lo que

podríamos llamar siguiendo a T. S. Kuhn, el paradigma normal de la economía. De lo contrario habría sido rechazado, como lo ha sido el pensamiento económico de Georges Bataille, que no tiene precisamente un fundamento antropológico, aunque pudiera parecerlo, sino físico y, por primera vez, al margen del iusnaturalismo en cualquiera de sus versiones. En nuestra opinión, las formulaciones económicas que hace Bataille constituyen recomendaciones prácticas derivadas de una concepción del mundo radicalmente opuesta a la que sostiene la economía *normal*, razón por la cual es absolutamente imposible que esta pueda incorporarla, como puede incorporar lo que Naredo llama 'economía de la física', que, en nuestra opinión, es perfectamente compatible con lo que este economista y su grupo llama 'economía convencional'

El presente trabajo responde a la intención de dar respuesta a los planteamientos de la llamada *economía de la física*. Es precisamente la obra de Georges Bataille la que nos va a permitir demostrar que dicha *economía* es perfectamente complementaria de la economía normal. Para ello nos proponemos analizar críticamente las dos obras sobre *economía* de Georges Bataille. Demostraré así que éstas no apoyan en absoluto los planteamientos de los que llamaremos sin el menor afán peyorativo *nuevos fisiócratas*. Pero, al mismo tiempo, tendré oportunidad de poner de manifiesto los puntos débiles del pensamiento de Bataille.

Como tantas veces he dicho, las dos obras de Bataille analizadas por mí después de ser laboriosamente traducidas al castellano, provocaron en mí mente una auténtica revolución científica en el sentido que a esta frase da T. S. Kuhn y hasta un cambio importante en el plano personal. La comprensión de los planteamientos de Bataille a la que llegué me permitió darme cuenta de que la recepción por parte de la Tierra de un flujo imparable y gratuito de energía provocó en su superficie la necesidad de gestionar tal abundancia. Fue así como surgieron las primeras formas de vida como consumidoras de energía. Pero esas formas de vida dieron lugar a otras más eficazmente consumidoras de energía siguiendo la misma fórmula, su transformación en formas de vida aun más eficaces por más complejas de energía y así sucesivamente hasta llegar a la especie humana, una especie capaz de añadir tantas vías de consumo como la necesidad exija porque al consumo natural como especie animal añade el consumo cultural, una forma de consumo que no tiene límites o los tiene muy lejanos todavía.

¿Entonces cómo pueden los neofisiócratas sostener que Bataille es un pensador que puede engrosar la clase de pensadores a las que ellos pertenecen, esos pensadores convencidos de que la humanidad padece escasez de energía y que su reciente agravamiento es la causa de la crisis de la actividad económica? Nada más ajeno a Bataille, un pensador que en su obra de 1949 principia por ofrecer un muestrario de culturas humanas basadas en formas de consumo energético con las que tales culturas aspiraban a ponerse *à la page* con las formas de vida previas. Así los aztecas, con sus guerras y sus sacrificios de vidas humanas al dios Sol, el don de rivalidad de los nativos del noroeste de América al que conocemos por Franz Boas como *potlatch*, la sociedad desarmada y evitadora de la procreación por medio de la dedicación a la vida contemplativa del Tibet lamaista y tantas otras que ilustran

hasta qué punto la humanidad ha dado muestras de lo imperioso que resulta fomentar el consumo de energía-materia de cuya abundancia padece.

Pero sostiene Bataille que también hay culturas que se orientan justamente al lado contrario: al aumento de esa abundancia energética que equivale a abundancia de materia ya que ambas son equivalentes como logró demostrar Einstein con su famosa teoría de la relatividad (1905). Esas culturas desatendidas de las exigencias del consumo eficiente de energía son el Islam, el Capitalismo y el Sovietismo. Tomo de Wikipedia lo que sigue:

Albert Einstein (Ulm, 14 de marzo de 1879 – Princeton, 18 de abril de 1955) fue un físico alemán, nacionalizado posteriormente suizo y luego estadounidense, que está considerado como el científico más importante y más famoso del siglo XX.

“En 1905, siendo un joven físico desconocido, que estaba empleado en la Oficina de Patentes de Berna, en (Suiza), publicó su teoría de la relatividad especial. En ella incorporó, en un marco teórico simple, fundamentado en postulados físicos sencillos, conceptos y fenómenos estudiados anteriormente por Henri Poincaré y por Hendrik Lorentz. Probablemente, la ecuación más conocida de la física a nivel popular, es la expresión matemática de la equivalencia masa-energía, $E=mc^2$, deducida por él como una consecuencia lógica de esta teoría. Ese mismo año publicó otros trabajos que sentarían algunas de las bases de la física estadística y la mecánica cuántica.

En 1915 presentó la teoría de la relatividad general, en la que reformuló por completo el concepto de gravedad. Una de las consecuencias fue el surgimiento del estudio científico del origen y evolución del Universo por la rama de la física denominada cosmología. En 1919, cuando las observaciones británicas de un eclipse solar confirmaron sus predicciones acerca de la curvatura de la luz, fue idolatrado por la prensa. Einstein se convirtió en un icono de la ciencia mundialmente famoso, un privilegio al alcance de muy pocos científicos sobre todo si son de su calibre intelectual.”

Georges Bataille incursionó con *La parte maldita* y con *La noción de gasto* en un terreno que no conocía como experto porque no era físico. Por ello necesitó de la ayuda que le prestó su amigo Georges Ambrosino, jefe del equipo de laboratorios de rayos X, “sin la cual, dice, no habría podido escribir esta obra. La ciencia, añade, no es nunca el producto de un hombre solo. Este libro, reconoce el autor, es también, en una parte importante, el trabajo de Ambrosino.

Bataille decía, y así lo recoge en *La parte maldita*, que su investigación se llevaba a cabo en el campo de la *economía general*. Esta puede ser la causa del error de interpretación que de su pensamiento hizo Naredo porque lo cierto es que el término *economía* en Bataille no significa otra cosa que la gestión de la abundancia de energía que padece el globo, no la gestión de la escasez de recursos que el paradigma convencional sostiene que padece la humanidad.

Porque Bataille arremete contra esa concepción del mundo en base a sus investigaciones y a sus conclusiones. Bataille no puede estar de acuerdo en el postulado de la escasez sobre el que se sostiene la economía como ciencia y como gestión. Para él la escasez que el hombre percibe en el mundo es fruto

de su visión fragmentaria del mismo. Si el hombre hubiera contemplado el mundo en su completitud, como un planeta de grandes dimensiones pero limitado, expuesto a la recepción del flujo continuo de energía solar, se habría dado cuenta de que el único recurso escaso es el espacio. Todos los demás son abundantes y como tales debería gestionarlos poniendo más énfasis en la consumición que en la producción, justo lo contrario que hacemos, agravando de ese modo la gravedad de la abundancia que padece.

Lo que hace Bataille en *La parte maldita* es ciertamente una antieconomía.

En vez de montar un sistema de producción cada vez más eficiente, que es lo que hizo la cultura occidental cuando se puso en marcha la cultura del capitalismo en el siglo XVIII, lo que tenía que haber hecho es haber montado un modo de vida capaz de involucrar un disfrute de los recursos que abundan, un disfrute puesto al servicio de la compasión, de la solidaridad, de la tolerancia y del amor universal entre todos los hombres de la tierra en todos los planos y en todas las facetas de la vida.

Es precisamente por no hacerlo así por lo que, para aflojar la presión de la abundancia sobre la superficie de la Tierra, surgen las guerras y las hecatombes y una multitud de formas traumáticas de consumo de energía sin las cuales la presión de la abundancia sería insoportable. Las dos alternativas que al hombre se le ofrecen como consecuencia de la abundancia de energía-materia es pues, o el disfrute placentero o la destrucción violenta y traumatizante de recursos.

He aquí la inesperada enseñanza que se extrae del pensamiento de Bataille: ¿Uso de la riqueza? Sí, pero no para aumentarla sino para disfrutarla.

Una consigna que está en plena conformidad con el gran proyecto humano de reconquista de la soberanía perdida por la especie humana por haber emprendido la espectacular aventura de abandonar la animalidad. Por esta razón hace Bataille en *La noción de gasto* un feroz alegato contra el concepto de utilidad, ese concepto que en su opinión esclaviza al hombre obligándolo a aumentar sin pausa la riqueza en vez de disfrutarla placenteramente.

No cabe la menor duda que una cultura acorde con la evidencia científica de que la Tierra padece una presión continua provocada por la abundancia creciente de energía-materia es una utopía. Ante todo, es perfectamente comprensible que el hombre haya percibido, desde su aparición como especie diferenciada, que en el mundo hay escasez habida cuenta de que aun no tenía la visión cósmica que hoy tiene gracias al avance de la ciencia. Su inmersión en la dimensión del tiempo le lleva a tener conciencia del pasado, del presente y del futuro. No le basta por ello atender a las necesidades que siente aquí y ahora sino que es perfectamente consciente de que mañana tendrá nuevas necesidades y que tendrá que satisfacerlas. La escasez en el pasado y en el presente es una premonición de la escasez en el futuro.

Pero, a pesar de que de la escasez del único recurso del que puede predicarse, el espacio, ha sido poco consciente, lo cierto es que la vida del hombre en la Tierra puede explicarse por su afán de aumentar la oferta de espacio, algo que en ha venido consiguiendo a costa del espacio de los grupos rivales. Algo que acontece en todas las especies. Las guerras de conquista y las invasiones, pacíficas o violentas, de los territorios ocupados por otros

pueblos de la Tierra es un invariante de la historia. Es cierto que lo que se busca con ello es aumentar los recursos que escasean en los territorios de procedencia de los invasores pero a la vez que se remedia su escasez se aumenta, obviamente, la oferta de espacio disponible por el vencedor.

Son muchas las técnicas que el hombre ha venido usando para remediar la escasez de espacio. Una de ellas es la guerra y la invasión. Pero la edificación en altura es otra. Como lo es la edificación subterránea, la conquista del subsuelo. Los romanos concebían el derecho de propiedad de un territorio en sentido tanto horizontal como vertical: hacia abajo, hasta el infierno, y hacia arriba, hasta el cielo. Las continuas revoluciones científicas están permitiendo aumentar la disponibilidad de espacio con espacios fuera de la Tierra. Según Bataille, el incremento de la oferta de espacio es una forma de mitigar la presión que la abundancia de energía-materia ejerce sobre la superficie de la Tierra. A más espacio menos presión.

¿Cómo sería la vida del hombre en la Tierra si en vez de comportarse aumentando artificialmente la abundancia de energía-materia (producción) se comportara acordemente con la necesidad de hacer todo lo contrario y además la destruyera disfrutándola (consumición)? En primer lugar es posible que no hubiera propiedad privada, que, como dice Federico García Lorca en *Poeta en Nueva York*, la tierra da sus frutos para todos por lo cual esos frutos se repartirían entre todos según sus necesidades, no de acuerdo con su poder. La idea de ganancia dejaría de tener ese halo de positividad que tuvo y tiene, y pasaría a tener connotaciones negativas. Lo mismo, pero a la inversa, acontecería con la idea de pérdida. Nadie acumularía riqueza, y menos para generar más riqueza (inversión). No sufriríamos, pues, las peligrosas crisis de acumulación que sufren los países avanzados y que son las causantes de las crisis del sistema capitalista, las cuales, al paso que vamos, se impondrá a escala terráquea en vez de dar paso a otros modos de producción, modos de producción que mientras no desaparezca el afán productivista, común tanto al capitalismo como al comunismo, seguirán potenciando la utilidad y la ganancia.

El mundo estaría presidido si se impusiera la visión de la abundancia por la generosidad y por las donaciones generalizadas. La institución del *potlatch* se generalizaría a todos los pueblos de la Tierra, desaparecerían las guerras y la solidaridad fraterna se adueñaría de las relaciones entre los hombres de todas las clases, de todos los credos y de todas las razas. En su lugar la rivalidad innata en todas las especies animales sería sublimada para dar paso a formas deportivas y lúdicas, diferentes a las actuales, que son violentas y exterminadoras.

El mundo sería un valle de placer, no de lágrimas, si se implantara alguna vez en la Tierra una cultura global basada en la gestión de la abundancia al servicio del proyecto humano: el de la definitiva conquista de la soberanía perdida hace dos millones y medio de años.

El turismo como producto objetivamente identificado

Las convicciones que acabo de exponer forman parte de la configuración de mi nueva visión del mundo, la que tuvo lugar desde que me impregné de los planteamientos de Bataille. Hay que tener en cuenta que, a pesar de ser

economista, es decir, un estudioso de la escasez y de la necesidad de gestionarla *racionalmente* con el fin de garantizar la satisfacción óptima de las necesidades de acuerdo con una jerarquía de las mismas de más perentorias a menos perentorias, el análisis de Bataille me captó plenamente. Y cambió como digo mi visión del mundo. Porque decidí que los resultados lógicos de mi crítica implacable de la realidad y de sus interpretaciones la aceptaría a pesar de mis viejas convicciones y a pesar de que no fueran respetadas por mis semejantes y, sobre todo, por los poderes, tanto fácticos como de iure. Mis valores pacifistas se congratularon cuando supe que había una fórmula intermedia, provisional y no violento como las del pasado (guerras invasiones) en la apropiación del espacio de unos pueblos en favor de otros pueblos. Me dí cuenta de que así como la ley de talión (El término ley del talión (latín: *lex talionis*), explica Wikipedia, se refiere a un principio jurídico de justicia retributiva en el que la norma imponía un castigo que se identificaba con el crimen cometido. De esta manera, no sólo se habla de una pena equivalente, sino de una pena idéntica. La expresión más famosa de la ley del talión es "ojo por ojo, diente por diente" aparecida en el Éxodo veterotestamentario.

Históricamente, constituye el primer intento por establecer una proporcionalidad entre daño recibido en un crimen y daño producido en el castigo, siendo así el primer límite a la venganza) significó en su momento un loable avance aunque hoy se tenga como una barbaridad, y así como la explotación del hombre por el hombre sustituyó a la práctica de exterminar a los vencidos también lo fue a pesar de que hoy se tenga por una práctica que hay que eliminar de la vida de los pueblos avanzados, y así como el intercambio en el mercado libre significó un avance significativo porque es pacífica y tiene unas claras reglas de juego, aun a pesar de que para muchos es una forma de expolio del más débil a manos del más fuerte, también la estancia pasajera de forasteros en territorios de otros pueblos es una forma pacífica y retribuida de utilizar esos espacios que debe tenerse como un avance que evita el uso violento que tuvo lugar en el pasado no tan lejano.

Sobre todo cuando desde hace siglo y medio, con la mejora de los transportes terrestres (ferrocarriles a vapor), se abarataron los viajes de ida y vuelta a los que llamamos turismo, tanto que se ha podido ir pasando lenta pero firmemente desde un número de viajes selectivos a la creciente masificación desde hace medio siglo. No cabe la menor duda de que hay ciudades que reciben tan masivo flujo de turistas que se da el caso de que el número de forasteros (residentes pasajeros) supera con creces al número de moradores (residentes permanentes) Los moradores son los propietarios del territorio que ocupan pero lo consumen de forma compartida con una población flotante, la cual la consume a pesar de no ser dueña de ese territorio.

La lectura de la obra de Bataille me llevó a la convicción de que el turismo moderno y masivo puede verse como una forma pacífica de poner a disposición de pueblos ajenos el espacio de otros pueblos. La visión convencional del turismo insiste en considerar que los pueblos que reciben eso que algún estudioso ha llamado hordas turísticas logran obtener unos ingresos tan significativos que pueden llegar a ser la fuente más importante de ingresos, tanto que logran vivir de ellos lo mismo o mejor que otras ciudades por medio de otras actividades.

A esos países o ciudades se les ha dado en llamar turísticos porque reciben turistas. A las actividades que prestan servicios y venden mercancías a los turistas se les ha dado en llamar turísticas: los hoteles, los restaurantes, los bares y los medios de transporte constituyen el grueso de esas actividades porque se admite que están al servicio de los turistas. Hay también otras prestaciones que por estar orientadas a los turistas se incluyen entre las actividades turísticas. El turista se concibe así como un moderno rey Midas porque todo lo que compra queda ipso facto convertido en turístico. No importa que también sean bienes o servicios adquiridos por los residentes permanente en el lugar denominado turístico. Si los forasteros que los adquieren superan a los moradores esos bienes son turísticos y punto. Claro que esta forma de denominarlos lleva inevitablemente a graduar la calificación de turísticos desde un máximo: absolutamente turísticos, a la total ausencia, en absoluto turísticos pasando por una matizada gradación de niveles intermedios. En esta línea no es de extrañar que la calificación de turístico se aplique a las cosas más insólitas, desde una playa a un templo, desde una montaña a una senda, desde una exposición a un espectáculo, desde una competición deportiva a un congreso, desde un parque temático a un balneario medicinal. Hay otros elementos que también podrían ser objeto de su inclusión entre lo que llamamos turístico, pero no lo hacemos. No lo hacemos con un burdel como no lo hacemos con la expendición de drogas. Hay un oculto sentido eutrapélico que ahuyenta la inclusión de ciertos negocios en el mundo de lo turístico.

Como de las estancias pasajeras de forasteros en un lugar se derivan ganancias para ese lugar porque aumenta la recaudación de impuestos y los ingresos por ventas de todo o casi todo lo que se vende, desde muy pronto se admitió que la economía era la disciplina más apropiada para estudiar todo lo relacionado con ese fenómeno moderno que llamamos turismo. Y así fue durante los años en los que los primeros estudiosos fueron los mismos empresarios que se dedicaban al negocio del alojamiento, la restauración o el transporte de cierta distancia. Pero, a medida que fue tomando cuerpo el flujo de turistas y con ello el negocio de atender las necesidades de los turistas las universidades, en primer lugar las europeas y más tarde las norteamericanas, se interesaron por el estudio del nuevo y lucrativo fenómeno. Entre los investigadores universitarios había economistas pero sobre todo sociólogos de forma que al cabo del tiempo hasta los economistas estudiaron el turismo desde la sociología. Los llamados padres del turismo, los economistas suizos Walter Hunziker y su fiel ayudante, Kurt Krapf, llegaron a imponer el criterio consistente en situar el estudio del turismo en un terreno intermedio entre la sociología y la economía aunque más cerca de la primera disciplina que de la segunda. Y precisando aun más decidieron que el turismo ha de ser estudiado por lo que llamaron sociología de la cultura, una clasificación que basaron en el hecho de que los flujos de turistas más voluminosos son los que se sienten atraídos por el patrimonio cultural de la antigüedad clásica primero, por la renacentista después y por cualquier patrimonio cultural al final. Para ellos no parecía haber otros atractivos comparables a los culturales pero es obvio que los tiempos han cambiado.

Aunque, a pesar de los cambios, la sociología se atribuyó las competencias casi exclusivas del estudio del turismo, algo que tuvo cierta justificación en el hecho de que el estudio del turismo se centró en el estudio del turista, el

llamado elemento subjetivo del turismo, dejando en un segundo término el estudio del elemento objetivo, las empresas orientadas a atender las necesidades de los turistas. Los padres del turismo llegaron a decir que la industria del turismo es la industria que está al lado del hombre, como si las demás estuvieran al lado de las vacas, por ejemplo. In Mittel der Man, es decir, **en el centro** (del turismo: como objeto de estudio y como industria) **está el hombre**, sentenciaron con firmeza los paternos suizos, y desde la década de los cuarenta del siglo pasado se sigue repitiendo acríticamente el mantra por todos sus epígonos. Y es que, claro, la disciplina que estudia a los colectivos humanos es la sociología. Con lo que todo estudioso que se interesa por el turismo termina aplicando el enfoque y la metodología propios de la sociología sea él de la especialidad que sea. Sorprende que los economistas que se interesan por el estudio del turismo hagan más sociología que economía. Y la hacen sin el menor pudor, convencidos de que han de hacerlo así, sin pararse a reflexionar si es así o no es así como ellos deberían estudiar la *actividad*.

Hoy la comunidad de estudiosos del turismo está plagada de unos nuevos titulados, los geógrafos. Estos universitarios han encontrado un campo de dedicación perfectamente adaptado a su preparación ya que como la geografía se ocupa de todo lo que hay en la superficie de la tierra y una de las cosas que hay es el turismo como conjunto de turistas y como conjunto de empresas, y todo ello, además, en un espacio concreto, el llamado espacio turístico receptor y el espacio turístico emisor, que también están en la superficie de la tierra, estaba claro que eran competentes para dedicarse a su estudio. La cantidad de geógrafos dedicados al turismo es ya muchedumbre. ¿Qué hay que estudiar el turismo como una actividad económica porque genera beneficios? Pues se estudia. ¿Qué hay que estudiarlo como una actividad personal consistente en ir del lugar en el que se reside a otro en el que se hacen determinadas cosas ya perfectamente tipificadas por el uso, pues se hace también. Para los geógrafos el turismo es ya la dedicación principal de la profesión. Sus productos científicos son muy característicos por su extrema superficialidad. Han hecho suyo el enfoque tradicional sociológico, no hacen ascos a incursionar en el campo de lo económico aunque siempre superficialmente, y aplican a saco el enfoque territorial específico de la geografía en el que se sienten obviamente tan cómodos que todo lo terminan viendo desde las transformaciones sufridas por el territorio como consecuencia de los masivos flujos de turistas. Pero todo lo que hacen lo hacen anclados en lo descriptivo ya que su formación no da para entrar en lo analítico ni en lo explicativo.

El espectacular desarrollo de los flujos turísticos a escala global ha llevado a un igualmente espectacular aumento de la oferta de la llamada industria turística. Se ha llegado así a tal aumento de la oferta que ha terminado por rebasar a la demanda. De una situación caracterizada por el racionamiento de la demanda, generadora de un poder concentrado en los oferentes, se ha pasado a una situación de racionamiento de los oferentes, caracterizada por una concentración del poder de mercado en los demandantes. Dicho de otro modo: eso que se ha dado en llamar mercado turístico es un mercado fuertemente saturado por los oferentes, una situación que ha puesto en marcha un proceso de disminución de la rentabilidad y a una competencia feroz que de momento lleva la lucha al campo de la reducción de precios sin que en muchos casos se evite la quiebra de numerosos establecimientos empresariales.

Ha sido así como desde los años setenta del siglo pasado han aparecido otros profesionales interesados por el turismo. Me refiero a los especialistas en marketing, esos profesionales que ayudan a las empresas que ofrecen sus productos en mercados muy saturados a conseguir el aumento de sus ventas y de sus ingresos a costa de las demás ya que la demanda está prácticamente estancada desde entonces a causa de la baja natalidad de los países ricos.

Puede decirse que el turismo ha logrado interesar a numerosos especialistas. Parece razonable encontrar entre ellos sociólogos, economistas, geógrafos, psicólogos, historiadores y antropólogos. Menos lo parece encontrar agrónomos, arquitectos, filósofos o biólogos. El turismo parece ser una parcela de la realidad que es tanto social como cultural, natural y tecnológica. Pero esto no es enteramente gratuito o inexplicable. Tiene una explicación. Y esa explicación es la confusión conceptual que late en la literatura especializada desde que viene siendo sometido a estudio con el fin de entenderlo y comprenderlo para mejor explotarlo como fuente de riqueza.

No es cosa de desarrollar aquí las razones de esa confusión intelectual pero sí debo esbozar que el turismo se vio siempre como un fenómeno social y no como una actividad productiva objetivamente identificada. Por verse como fenómeno se parte en su estudio de la definición de turista. Para los primeros estudiosos, turista es aquel que hace un viaje de placer. Y como se partió de la creencia de que los viajes por placer los hacían los nobles, es decir, la clase ociosa, se aceptó que el turista hace viajes de placer durante su tiempo de ocio. Ocio se tomó erróneamente como sinónimo de tiempo libre sin percatarse de que hoy no existe la clase ociosa porque todos somos parte de la clase negociosa. Ha sido así como se ha establecido la creencia de que el turista practica una actividad durante su tiempo de ocio y que, por consiguiente, como tal turista, nunca es un productor sino siempre un consumidor. De aquí que durante mucho tiempo se negara que quien hace un viaje de trabajo puede ser un turista. La expresión turismo de negocio implicaba una contradicción en los términos. Esta creencia ha hecho gastar mucha tinta, mucho tiempo y mucho papel. Las discusiones sobre esta cuestión cubrieron durante muchos años una gran parte de las obras dedicadas al turismo. Habría bastado con prescindir de la voz turista y sustituirla por vacacionista para soslayar el problema pero a nadie se le ocurrió hacerlo.

Hoy se admite que turista es quien hace un viaje por cualquier motivo a lugares que están fuera de su entorno habitual con tal de que vuelva a su lugar de partida al menos un año después.

Una vez admitido lo que tardó en admitirse queda un obstáculo conceptual que se resiste aun más. Y es el de considerar al turista como una especie de nuevo rey Midas que todo lo que toca lo convierte en un producto turístico. El mismo café que se toma un turista es un producto turístico pero no lo es si quien se lo toma no es un turista, es decir, un residente.

La insistencia en estudiar el turismo desde el turista lleva a esta aberración conceptual y por ello se llama producto turístico a todos los bienes y servicios que existen en un lugar. Mi aportación al estudio del turismo rompe esta grave anomalía científica ya que destaca el hecho cierto de que lo que realmente consume un turista es un programa de visita. De aquí que el programa de visita sea lo único a lo que deberíamos llamar producto turístico y, en consecuencia,

llamar empresa turística a la empresa que ofrece en el mercado programas de visita. Se acabaría la confusión de llamar empresas turísticas a todas las empresas existentes, una consideración que resulta inmantenible hasta para los estudiosos convencionales, los cuales creen salvar el problema por medio de el consenso implícito de llamar empresas turísticas sólo a los hoteles, a los restaurantes y a las empresas de transporte de larga distancia.

En mi concepción, la elaboración de programas de visita se lleva a cabo por medio de la adquisición de servicios de transporte y de hospitalidad además de los productos y servicios que habrá que adquirir a otras muchas empresas tales como las que se dedican a la diversión, el espectáculo, el esquí, la sanidad, la enseñanza, etc. etc. Es decir, que el turismo en mi concepción es una actividad productiva que, como cualquier otra, produce una mercancía, programas de visita, con otras mercancías. Y por ello conviene contar con ingenieros turísticos del mismo modo que una empresa que fabrica coches tiene que contar con ingenieros industriales.

Concluyendo: mis aun no asumidas aportaciones al estudio del turismo se pueden resumir en los siguientes puntos:

- el turismo puede verse no sólo como fenómeno social sino también como una actividad productiva objetivamente diferenciada de las demás

- sólo si se ve como una actividad productiva diferenciada es posible aplicar a su estudio y comprensión el análisis microeconómico

- es entonces cuando se percibe que sólo puede haber un producto al que podemos considerar "turístico", y ese es el programa de visita ya que es un programa de visita lo que realmente consume quien hace turismo, es decir, quien realiza un viaje circular o de ida y vuelta.

- por tanto, la única empresa a la que podemos llamar "turística" es la empresa que elabora programas de visita, el único producto que puede considerarse turístico. En la realidad a este tipo de empresas se le viene llamando turoperadoras aunque aun no se dedican masivamente a producir programas de visita sino tan sólo a ensamblar servicios de transporte y de hospitalidad. Debe aclararse que la esencia de un programa de visita no es la presencia en ellos de servicios de transporte y hospitalidad sino aquellos que son el correlato de la motivación del desplazamiento y a los que yo llamo incentivos.

- la producción de turismo, como es norma en cualquier proceso de producción, exige contar con un tecnología específica, a la que debemos llamar ingeniería turística, una especialidad que aun no se imparte en ningún centro de estudios universitarios pero que no es descartable que exista en el futuro.

- la literatura convencional llama turísticos a los países visitados pero desde la visión microeconómica que vengo proponiendo sólo son países turísticos los que cuentan con empresas turísticas del mismo modo que sólo llamamos países industriales a lo que tienen industrias, no a los que consumen productos industriales.

- las empresas que producen turismo pueden enmarcarse en el macrosector terciario o de servicios ya que un programa de visita es un servicio que se produce, como cualquier otro producto del terciario, con otros servicios.

- los servicios auxiliares de la producción de turismo pueden clasificarse en dos grandes grupos: los servicios incentivadores, sin los que no puede hablarse de programas de visita, y que son el correlato de la motivación del desplazamiento, y los servicios facilitadores, aquellos que procuran que tanto el desplazamiento de un lugar a otro como la estancia pasajera en el lugar visitado sea lo más confortable posible.

- las empresas turoperadoras, las que elaboran y venden programas de visita, ponen a disposición de los consumidores del país en el que producen el territorio de otros países, y ello conforme a las reglas que rigen los intercambios comerciales. Dicho de otro modo: los países turísticos venden a sus clientes la posibilidad de apropiarse (consumir) el territorio y los recursos territoriales de otros países, si bien pasajeramente, sin necesidad de disponer de ejércitos conquistadores. Si se recuerda que lo único escaso de acuerdo con el pensamiento fisicalista de la abundancia de Georges Bataille es el espacio o territorio, se comprenderá la espectacular importancia que adquiere la industria turística entendida como productora de programas de visita. Una vez más, el mercado se configura como una institución de paz al servicio del hombre.

En definitiva: la tan pregonada industria turística es ciertamente destacable, pero no porque sea la primera industria del mundo como tan alegremente se dice, sino porque pone los recursos del planeta a disposición de todos sus habitantes cualquiera que sea el lugar en el que hayan fijado su residencia permanente, y lo hace de un modo pacífico y generador de utilidades o riqueza, a través del mercado. ¿A qué país beneficia más la industria turística? La pregunta viene a cuento porque la visión convencional establece que favorece a lo que se tiene en tal visión por países turísticos, los visitados. Pero la respuesta correcta es otra. El turismo favorece obviamente al país que dispone de una potente industria turística. También beneficia a los países en los que se localizan los servicios auxiliares del turismo, especialmente los incentivadores. Pero si estos países aspiran a captar una cuota de riqueza mayor deben añadir a su oferta de servicios auxiliares el desarrollo de una potente industria turística propia. Es la misma estrategia que se viene recomendando desde el mercantilismo:

1. evitar en la medida de lo posible la exportación de materias primas

y productos semielaborados

2. fomentar la exportación de productos aptos para su consumo final

Sólo así se consigue una balanza de pagos favorable. ¿Por qué? Pues porque así es como se logra exportar más trabajo propio al quedar incorporado a los productos exportados aumentando su valor y, en consecuencia, redundando en un resultado favorable al país.